

Memorable Centenario:
Vivir con Kafka
 Por Vintila Horia (Pág. E4)

Residencias con historia:
La Casa de Don Ignacio Domeyko
 (Pág. E5)

Santiago de Chile, Domingo 3 de Julio de 1983

Artes y Letras

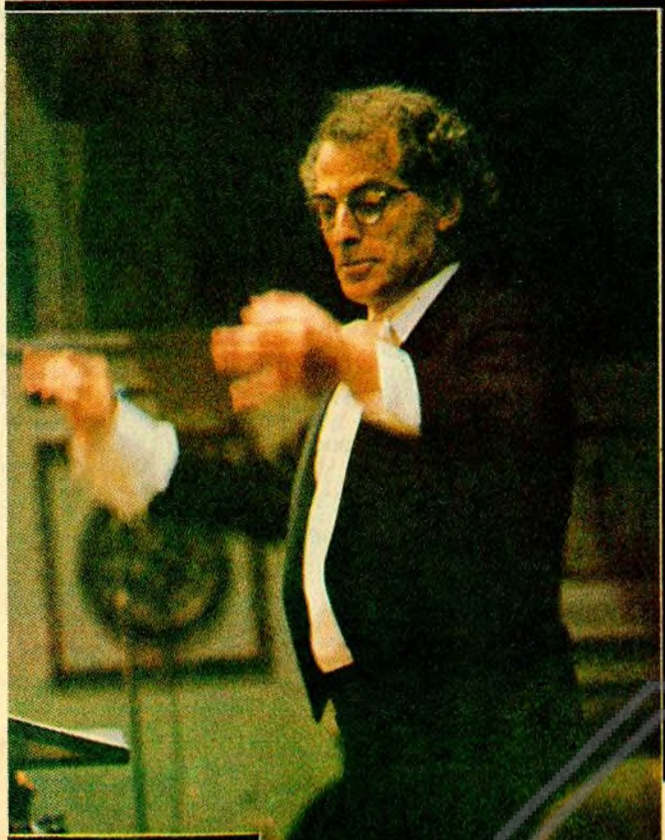
CUERPO

E

EL MERCURIO

Libros Discos Teatro Televisión Cuadros Remates Antigüedades Conferencias Crítica Novedades Científicas Entrevistas Conciertos Opera Ballet Arquitectura

Orquesta Filarmónica, Brillante Temporada



“SEÑORAS y señores: Permítanme unas palabras por favor. Es que me siento tan complacido, tan feliz y tan orgulloso de haber tocado con una orquesta de tan alta categoría, que no podría volverme a mi país sin haberlo expresado públicamente. Un conjunto orquestal de estas características constituye un tesoro nacional que debe cuidarse como una reliquia”. Tranquilo, transparente y sin apasionamientos, el saxofonista norteamericano Eugene Rousseau interrumpió los fervorosos aplausos del público dirigidos a la Orquesta Filarmónica. Lo que para él —y más tarde así lo declaró— constituía un deber de conciencia, para muchos salta a la vista. El éxito resonante alcanzado por el conjunto, en su ejecución de la Segunda Sinfonía de Mahler, durante la semana recién pasada, representa un testimonio fidedigno de este encomiable trabajo sustentado por su director titular, Juan Pablo Izquierdo.

Nuevos horizontes se abrieron para la Filarmónica a fines de 1981. Luego de la nominación de Izquierdo, las autoridades de la Corporación Cultural de la Municipalidad de Santiago decidieron aumentar el número de sus músicos y de 79 se pasó a cien. Au-

diciones públicas, previo llamado nacional e internacional a concurso, transformaron la selección en un riguroso procedimiento de ingreso y, lo que es más notable, en un fructífero acuerdo de cooperación con la célebre Escuela de Música de Bloomington, en los Estados Unidos. Conforme a este acuerdo fue posible llenar algunas de las plazas vacantes en los instrumentos de bronce con jóvenes y talentosos músicos norteamericanos.

En esta temporada, y luego de años de espera, las renovadas filas de la Filarmónica han podido así abordar obras y músicos de gran envergadura: Shostakovich, Mahler y Bruckner, compositores que necesitan grandes masas orquestales. Esta muestra de creciente perfeccionamiento no queda ahí y es así como los “jefes de fila” —primeros ejecutantes de cada instrumento— están ocupando parte de su tiempo en enseñar a alumnos de menor nivel musical, algunos de los cuales pertenecen a la orquesta.

No ha faltado tampoco en la trayectoria del conjunto un gratuito y vasto plan de difusión musical destinado a vecinos, estudiantes, dueños de casa, en sectores medios y bajos de nuestra capital. El referido aumento en el número de músicos permitió de este modo presentaciones y ciclos de conciertos en iglesias, locales comunales, gimnasios públicos, colegios, liceos y escuelas, además de la temporada en el mismo Municipal. Durante lo que queda del año, y luego que una parte inicie sus actuaciones en el foso, acompañando a la ópera y al ballet, los restantes músicos darán vida a una orquesta de cámara que se dedicará fundamentalmente a interpretar un programa para el gran público de Santiago, también bajo la dirección de Juan Pablo Izquierdo. Este director joven, de promisoría carrera internacional, que ha influido de manera decisiva en esta transformación de la Orquesta Filarmónica, conversa al finalizar la temporada con El Mercurio.

García Lorca Según Gades

Por Héctor Soto



Si no fuera por la notoria fascinación ante el espectáculo y la representación que acusan varias de sus películas, probablemente no sería fácil unir *Bodas de sangre* al resto de la obra de Carlos Saura (*Cria cuervos*; *Elisa, vida mía*). Esa fascinación, sin embargo, asegura un puente de continuidad que, aunque estrecho, permite recuperar la experiencia dentro del mundo creativo del cineasta y tranquilizar a los múltiples estudiosos de su obra. Lo más probable, con todo, es que Saura ni siquiera se haya planteado la coherencia de este proyecto con sus películas anteriores. Simplemente se dejó seducir por el desafío de capturar la belleza, primitiva y estilizada a la vez, de un espectáculo que remece con vehemencia el sentido trágico del alma hispana. “Siempre he hecho lo que he querido hacer —declaró—, sin pensar en mi carrera. Filmó por la necesidad de filmar”.

No cabe la menor duda de que los espectadores de la cinta se lo agradecerán. *Bodas de sangre* es por encima de todo, para bien o para mal, un filme profundamente estético. Una verdadera fiesta para embriagar los sentidos, no por la vía del hartazgo y de la acumulación, puesto que la película es muy despojada, sino por la vía de la intensidad y de la concentración. Esta vez las imágenes de Saura se definen más por su disciplina que por su caudal. Interesan tanto por lo que muestran como por lo que dejan de mostrar. Y enseñan que la renuncia deliberada a algunos recursos expresivos del cine es también una opción que en determinadas circunstancias puede comportar un margen insuperable de expresividad. En los dominios del cine de cámara, esta lección de recogimiento no es

Juan Pablo Izquierdo: El Público Merece lo Mejor

A CABA de dirigir un concierto con el teatro repleto por un público que lo ovacionó largamente. Sin embargo su rostro resplandece, sin huellas de cansancio, mientras recibe las felicitaciones en actitud tranquila.

El director titular de la Orquesta Filarmónica del Teatro Municipal, Juan Pablo Izquierdo, enfatiza el valor del trabajo de conjunto y señala: “Sin dudas se han duplicado este año los enormes avances iniciados en la temporada anterior”.

Dentro del centenar de músicos que la integran, los extranjeros suman sólo el ocho por ciento, convirtiéndola en una orquesta esencialmente nacional. Los antiguos escollos se han superado en corto plazo y hoy la gran calidad de las cuerdas ha trascendido al punto que las ofertas han llegado desde el exterior. El director afirma que en materia de vientos “hay un equipo excelente, entre los que se encuentran algunos extranjeros que nos han aportado el beneficio de otras escuelas”. Un fenómeno similar se ha producido con los bronce, donde los norteamericanos “que tienen la mejor escuela del mundo, contribuyen actualmente al perfeccionamiento de los nuestros”.

Su personal sistema de ensayos ha mostrado sus frutos: “Trabajo mucho por familias de instrumentos, contando con la cooperación entusiasta y competente de los jefes de fila, que para ello cuentan con gran calidad y autoridad. Así, cuando reunimos a la orquesta en su totalidad se empieza a trabajar ya en la interpretación, con los principales problemas técnicos resueltos”.

—La Filarmónica ha recibido este año un gran respaldo de la crítica y del público. Aparte de su calidad, ¿cree que hay un mayor nivel del público para seguirla?

—Sin duda nuestro público va siendo cada vez más experimentado y ha crecido mucho en cantidad y variedad. Esto, sin olvidar que desde hace años existe en Chile un público entendido.

—A su juicio, ¿el gusto por la música es un asunto de sensibilidad o de conocimiento? ¿Cuál es la condición para recibirla bien?

—Lo más importante es estar abierto a ella, sin ideas preconcebidas. Diría que es un asunto de sensibilidad y entrega.

—¿Qué opina de este fenómeno sociológico producido en relación a los conciertos de mediodía del Teatro Municipal donde la multitud aumenta cada semana?

—¡Extraordinario! Me parece un fenómeno sociológico que expresa la necesidad vital de las personas de compartir una experiencia espiritual que les da el mundo de la música y hay que decir que en esto no existe ningún afán de lucimiento social ni obligación. Es simplemente un público que necesita y pide un pan espiritual y nuestra ambición es precisamente entregarle eso, tan sagrado para él. Ahora, para nosotros los músicos, es extraordinario, porque si lo que hacemos no se proyecta hacia el público nuestra labor es incompleta.

—Se dice que un país tiene, en los distintos aspectos, la suerte que merece. ¿Tiene Chile lo que musicalmente merece?

—Bueno, creo que merece todavía muchísimo más y que debemos ir satisfaciendo las necesidades de grandes masas que aún no tienen acceso. Lo que merece el público de Chile es lo más alto y no podemos decir “con esto es suficiente”. Sería engañarnos.

—Cuando las personas que toman las decisiones hablan de prioridades, no suelen referirse a la música, ni a la cultura. ¿Concibe usted la existencia de una sociedad civilizada sin ella? Hipotéticamente hablando, ¿cómo sería?

—Habría que distinguir las sociedades, porque hay algunas donde la cultura de la música constituye prioridad y así se ha manifestado. Por ejemplo, en Viena, después de estar la ciudad destruida por la guerra, se dio prioridad a la reconstrucción de la ópera, porque era una necesidad imperiosa de la población. Concebir una sociedad en la que no esté expresado el espíritu —y no se trata sólo de la música—, me plantea una duda en cuanto a que esa sociedad tampoco pueda expresar el amor y, sin comprender su propio valor espiritual, dentro de poco tendría que llegar a la autodestrucción.

—Usted se ha definido como cristiano. ¿Cree en la parábola de los talentos?

—Evidentemente que sí!

—¿Está conforme con la cuota que le tocó en el reparto?

—Sí, me siento agradecido y nada de orgulloso, sino feliz por las cosas que puedo realizar. Ir creciendo y transmitiendo eso a otros es mi deseo.

—En Chile no parecen darse las condiciones para la formación de directores durante su permanencia. ¿Ha pensado realizar alguna labor docente?

—En verdad aquí no he dictado nunca un curso, ni siquiera un seminario. Lo hice en Estados Unidos pero aquí no creo que lo vaya a hacer porque si uno toma la responsabilidad de un alumno o un grupo es necesaria la permanencia y como yo, por mis compromisos, tengo que viajar constantemente, siento que no puedo hacerlo.

Programado hasta después de 1985

Para Juan Pablo Izquierdo el mundo es una esfera marcada por numerosos compromisos. Durante 1983, entre enero y marzo, estuvo en Nueva York, Is-

rael, Londres, Madrid y Múnich. Una gruesa carpeta con recortes testimonia el reconocimiento internacional a su labor. El “Jerusalem Post” del 31 de enero dice: “Acerca del incansable Izquierdo solamente se puede decir: ‘the right man in the right place’”. El 4 de febrero, “Le Monde”, de París, señala: “Todos los intérpretes de este Festival deben ser felicitados y muy en particular la Orquesta de Jerusalén, dirigida por Juan Pablo Izquierdo”. El 6 de marzo el diario “ABC”, de Madrid, destaca: “Nos encontramos en presencia de un maestro de viva, poderosa, electrizante personalidad como lo son sus gestos y las versiones que ofrece”. En Múnich, el 31 de marzo, el “Bayreischer Staatszeitung”, expresa: “El gran éxito de esta tarde fue la Orquesta de Radio Baviera y muy en particular su director, Juan Pablo Izquierdo, que está entre nosotros por segunda vez, dirigiendo este Festival. Debemos agradecer su dirección llena de intensidad y energía”.

De regreso a Santiago, donde su compromiso como titular de la Orquesta Filarmónica incluye hasta el año 1985, asumió la responsabilidad de la temporada que acaba de finalizar este jueves 30.

—La interpretación de la Quinta Sinfonía de Mahler constituyó un serio desafío, sorteado con éxito. Para terminar presentará la Segunda Sinfonía, “Resurrección”, del mismo compositor, considerada como prueba de madurez para cualquier gran orquesta. ¿En qué afirma su seguridad para afrontar este compromiso?

—Estamos tocando Mahler y creo que somos los únicos en Chile que lo estamos haciendo. El año pasado fue la Cuarta Sinfonía, es decir, hay cierta trayectoria. El ciclo de las sinfonías de Mahler es, en su totalidad, una de las grandes creaciones dentro de la historia de la música, como lo son las Sinfonías de Beethoven y Brahms, de los que Mahler es, en alguna medida, el sucesor. Por eso quisiera que dentro de un tiempo razonable, la Filarmónica tuviera las nueve o las nueve y media sinfonías de Mahler en su repertorio.

—La inclusión de la *Elegía* a Bartok del chileno Cirilo Vila, ¿fue para usted un deber o un placer? ¿Siente algún grado de obligación con los compositores nacionales?

—Debo confesar que no ha sido un deber. No creo para nada en esa falsa caridad inventada de que... pobres compositores chilenos, tenemos que tocarles sus obras. Incluimos a Cirilo Vila porque lo necesitamos. Precisamente son los compositores, poetas, pintores, lo que están construyendo ese lenguaje que es una definición de nosotros mismos.

Humildad para entrar en la obra de otro

—¿En qué forma entiende la fidelidad con el compositor? ¿Cuál es el grado de lícita libertad que se puede ejercer con una obra?

—Lo primero es conocer la partitura a fondo. Luego creo que esa libertad no es voluntaria, sino que surge —cuando es auténtica y no deseo de exhibicionismo—, porque la música la va pidiendo. El director o el intérprete una vez perfeccionadas las bases que da la obra tiene que entregarse, humildemente, sin romper su voluntad, sino dejándose llevar por lo que pide la música.

—¿Cuál considera usted que es la diferencia entre un director temperamental y uno con temperamento?

—Han dicho a veces que soy temperamental, que rompo relojes y cosas por el estilo. Personalmente no me encuentro explosivo. A lo mejor no me doy cuenta, pero éste es más bien un mito. Ahora, si ser un director con temperamento significa poder meterse adentro de la música y manifestarlo, lo único que quiero es ser un director con temperamento.

—Usted, como su maestro, Scherchen, dirige sin batuta, ¿qué diferencia representa técnicamente?

—Bueno, la batuta en sí se ha utilizado como una extensión del brazo. Dirigir con o sin batuta en el fondo da lo mismo desde el punto de vista visual si se trata de un concierto sinfónico. Personalmente prefiero utilizar toda la resonancia del brazo y todo el cuerpo y en el concierto sinfónico no veo ninguna necesidad de usarla. En cuanto a técnica, pienso que los más simples de los recursos son los más efectivos.

Es sorprendente observar la serenidad de este hombre que hace poco más de una hora volcaba todas las emociones imaginables sobre el escenario como si en cada movimiento se le fuera la vida. En su sencillo camarín la calidez de los ojos, muy expresivos, y la profundidad de sus juicios hacen que el tiempo transcurra sin notarse. El maestro no ha eludido preguntas y ha sembrado lecciones, quizás sin saberlo. Dice que a menudo lo asalta la angustia: “Al verme enfrentado a una cosa tan gigantesca como la música y ver hasta qué punto uno es tan pequeño al lado de ella”.

Cuando todavía no se apaga el eco de los aplausos conquistados durante la recién terminada temporada, el maestro Izquierdo se dispone a viajar a Caracas para dirigir un ciclo. Luego regresará a Chile, para marcharse nuevamente por un mes y medio a dirigir otro importante ciclo en París. “Sin embargo —aclara—, la residencia del afecto, junto a mi señora y mis hijos, que hoy se educan aquí, ha sido y es siempre Chile. Este es el lugar de mis raíces y mi presente”.

Sonia Quintana

tario ingreso de Gades a la sala donde tendrá lugar la representación y con los ejercicios colectivos previos al espectáculo— cumple una función decisiva. Tal vez sea el fragmento más inspirado del filme. Nada le debe a García Lorca y muy poco a Gades. Son imágenes especialmente penetrantes y reveladoras, si no de los enigmas de la creación artística, al menos de la liturgia corporal y escenográfica que la acompaña en el caso de los bailarines.

La versión coreográfica de la obra original propiamente tal es un intento notable de Antonio Gades por reducir a movimientos, miradas, silencios e inflexiones musculares la poética abigarrada y visceral de García Lorca. “En qué medida la recoge y en qué medida se le escapa? No es fácil entregar una respuesta y es lógico que exista una gran diversidad de opiniones. Al fin y al cabo, en un arte donde el verbo ha sido desterrado es imposible pretender que todos reconozcan con la misma velocidad la presencia de García Lorca y la fuerza feroz de su teatro. Algo de ferocidad desde luego existe, pero se agota allí la soberbia dimensión trágica de la pieza teatral? Pareciera que no y que, en más de un sentido, llega el momento en que la complacencia estética de Saura y las estilizaciones de Gades plantean un conflicto insalvable con la dramaturgia tosca y brutal de Federico García Lorca.

Este eventual conflicto, en cualquier caso, no perjudica el resultado. Por la inversa, le proporciona una tensión cultural que lo enriquece y de la cual todos —Saura, Gades y los suyos— parecieran estar conscientes. Vista desde este ángulo, tal vez la película pueda disfrutarse aún más.